

D. ANTONIO TOVAR (†)

El pasado 14 de diciembre falleció en Madrid D. Antonio Tovar Llorente a quien debemos honrar aquí, en primer término, por sus méritos para la Filología Clásica Española, pero también como hombre al que debe mucho nuestra revista. Ha publicado en ella desde 1934, ininterrumpidamente, siendo decisiva su intervención en 1939 para que EMERITA continuara adelante. Desde entonces ha sido miembro del Comité de Redacción. Nuestra revista se une al sentimiento por su muerte, que ha sido un duro golpe no sólo para la Filología Clásica española, sino también para la universal.

Nacido en Valladolid en 1911, estudió Derecho con los Agustinos de El Escorial, pero se incorporó desde el comienzo a la sección de Lenguas Clásicas fundada en 1933 por D. Ramón Menéndez Pidal en el Centro de Estudios Históricos de Madrid. Su firma aparece ya en EMERITA, órgano de la sección, como acabo de decir, en 1934 (vol. 2).

La dedicación de la sección de Lenguas Clásicas era sobre todo a la Filología Latina, en la que Tovar hizo armas brillantemente con una serie de publicaciones que se inician con su edición de las *Églogas* de Virgilio, en 1936. Pero Tovar, a raíz del viaje a Grecia de universitarios españoles en 1933, se interesó por la Arqueología griega: a este tema se dedica su primer artículo en EMERITA, en 1935; su posterior traducción de Pausanias testimonia que nunca abandonó este interés.

Pero Tovar no era hombre para cultivar una sola especialidad. Sus inquietudes políticas se reflejaron, en el ámbito de la Filología griega, en sus diversos estudios sobre Sócrates y Platón y sobre la *Antígona* de Sófocles: destaquemos su edición de esta obra en 1942 y la *Vida de Sócrates* de 1947. También es temprana en su carrera la dedicación a la Lingüística Indoeuropea y a las lenguas prerromanas.

Tovar llevó una vida inquieta y peregrina. Enseñaba Griego en la Universidad de Madrid desde que se abrió al terminar nuestra guerra,

para ser catedrático de Latín en Salamanca a partir de 1942. Allí explicaba Griego también y formó a una serie de discípulos, entre los cuales me cuento. En su biblioteca universitaria se aficionó a los manuscritos antiguos, de lo que fue fruto el *Catálogo* de los códices griegos de la misma, publicado mucho después (1963). Y llevaba una activa vida universitaria, siendo Rector. Pero, fundamentalmente, era un estudioso de las lenguas clásicas.

Continuó siéndolo hasta el último momento: en Salamanca, luego en Tucumán, Urbana y Tubinga, donde fue profesor, más tarde en la Universidad Complutense de Madrid, donde fue profesor también. A lo largo de todo este tiempo continuó cultivando esos mismos varios intereses: sintaxis latina, crítica textual griega, escritores políticos antiguos (sobre todo Platón y Aristóteles), lenguas prerromanas (fue muy importante su labor sobre el celtibérico), Indoeuropeo (sobre todo latín, griego, celta, germánico y eslavo). Además, otros nuevos intereses: el vasco (de cuya especialidad era un destacado representante), las lenguas indígenas de América del Sur (acaba de reeditarse su *Catálogo*). También en la Real Academia Española, de la que era miembro, se destacó por su labor en el *Diccionario*.

Pero no es mi intención dar aquí una relación de sus trabajos científicos, que puede encontrarse en los dos Homenajes que se le dedicaron: el *Homenaje a Antonio Tovar*, editado por Gredos en 1972, y la *Navicula Tubingensis*, publicada por Gunter Narr en Tubinga en 1984. Querría, más bien, ofrecer un recuerdo al hombre de inagotable curiosidad intelectual y capacidad de trabajo, impulsor de tantas empresas científicas, estímulo para discípulos y para los filólogos todos. Con toda su variedad de intereses científicos y humanos siempre fue fiel a la Filología Clásica y siempre, a más de cultivarla, ayudó en la medida de sus fuerzas a su consolidación y su progreso en España. Fuera de ella, fue uno de sus cultivadores más destacados, al tiempo que lo fue también de otras especialidades.

Su ausencia se notará sin duda en todos estos campos, como se siente humanamente. Y concretamente en nuestra revista deja un recuerdo difícil de olvidar.

FRANCISCO R. ADRADOS